

DE COMO ERAN LOS BAILES, A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX, EN LA CIUDAD DE SALAMA

Francisco Gularte C.

A principios del Siglo XX, en Salamá, había bailes de primera y bailes de segunda. A los primeros se les llamaba "de los chancles", y a los segundos "de tacón y hueso".

Los "chancles" –los más afortunados económicamente, o bien, pobres pero aceptados en sociedad– bailaban sobre "rusia", especie de alfombra de manta–dril estirada en sus cuatro extremos, y colocada sobre piso de ladrillo pulido, al que previamente se le aplicaba una gruesa capa de estearina para deslizarse suavemente. Sobre la rusia se regaba bórax.

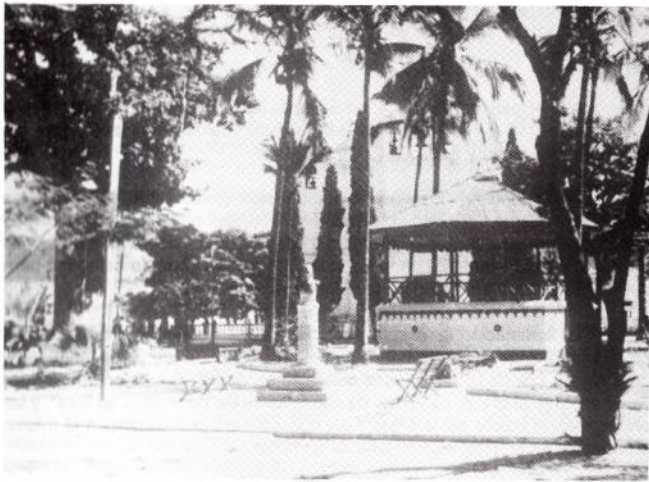
La iluminación de la sala era a base de quinqués, de gas, colocados en alto para evitar el humo, e igualmente se usaban candelas de estearina y de arrayán, colocadas en lujosos candelabros de cobre. Algunos invitados llevaban, bajo el brazo, paquetes de candelas de las de "cuatro en libra", y las entregaban al dueño de la fiesta para que no diera por terminada la misma prematuramente, pretextando falta de combustible...

En los bailes de "tacón y hueso" no había mayores exigencias: lo mismo se bailaba sobre piso de ladrillo sin pulir, que sobre piso de tierra, el cual se humedecía de cuando en cuando para evitar el polvo.

En los bailes de primera, el traje usado por las damitas salamatecas era largo, cubriendo los pies, siendo de crinolina y polisón. La crinolina daba elegancia al traje, y el polisón al cuerpo de la dama; era atado en forma de armazón a la cintura, para abultar los vestidos por la parte de atrás, y era más grande cuando la dama era poco afortunada en sus prominencias naturales. Algunos trajes llevaban cola, la que la dama recogía, con natural coquetería, enrollándola sobre el brazo izquierdo.

Las damitas de Salamá, pese al calor de la temporada, usaban bajo el vaporoso traje de baile, una camiseta de algodón y complaciente sostén, para dejar en mayor libertad a las inquietas palomitas, sustituyendo al opresor brassier de la actualidad. La camiseta eliminaba, del todo, la posibilidad de

un atrevido escote. El corsé era un adminículo obligado; éste hacía resaltar más sus virtudes corporales, pese a lo duro de las ballenas naturales o las de metal.



Antiguo parque central de Salamá, con su kiosco, su ceiba, y la iglesia al fondo.

Al baile llegaban las señoritas, acompañadas de sus padres, una amiga, o bien de una chaperona de confianza, tapadas con mantillas de lana o con mantones de manila. Hacían su entrada, con la cola del traje en el brazo izquierdo, y en el brazo derecho, un pequeño bolso llamado "ridículo" donde guardaban el peine, el perfume, y algunas veces el rapé.

El pelo lo usaban largo, con trenzas alternadas con cintas canches que envolvían en la cabeza, en forma caprichosa. Una flor natural, que podía ser un botón de rosa, un clavel o una perfumada y blanca gardenia, engalanaba la sien de la dama. El rostro, blanqueado con polvos de arroz o una crema de Asomis, daba colorido agradable, máxime si se pintaban discretas chapas con coloretos de grana. Los labios, ligeramente rojos a fuerza de mordiscos, o con una pequeño frote de papel de china rojo que humedecían con su saliva. En las orejas, aretes vistosos, de perlas, chorrillos

de vidrio de colores, y en la mayoría de los casos, escuditos de oro de los llamados "carrereños". En el cuello, un listón negro de felpa, terminado en un blanco camafeo, y a veces una elegante gargantilla rematada con una cruz.

Por su parte, los caballeros llegaban a las fiestas con toda la elegancia; su atuendo era distinguido, aunque casi uniforme; podría decirse que llegaban de luto, porque el traje era negro –tanto el pantalón como el saco de anchas solapas–, el chaleco también era negro, y la corbata igual. Algunos preferían el chaleco gris perla, y en la negra corbata de plastrón usaban un alfiler sujetando una perla, o un "carrereño". Los calcetines, de seda o de lana –negros también–, se sujetaban con las cintas inferiores agregadas a las mangas del calzoncillo de manta, ajustándolas al tobillo. Los zapatos, altos, cosidos, con ojetes o pequeños garfios para atarlos; no era permitido bailar con zapatos clavados, porque destruían la rusia. No se usaba cincho, y para sostener los pantalones, se usaban tirantes elásticos que iban desde los hombros hasta la cintura, haciendo una cruz en la espalda. En el chaleco era usual llevar una legante leontina que terminaba en un reloj Omega o en un modesto Waltham; la leontina se complementaba con una moneda de oro, un macaco, o bien una bamba engarzada en la bien pulida cadena de oro. Sobre la cabeza, los caballeros lucían sombrero negro, de hongo, y en las manos, guantes blancos o grises y fino bastón de pomo dorado con sus iniciales grabadas. Un clavel rojo en la solapa del saco, era indispensable. Generalmente, los caballeros usaban bigote largo y patillas bien recortadas; los lampiños se conformaban con llevarlos ligeramente pintados. Era indispensable un perfumito francés especial para hombre, pero los que no tenían la suerte de contar con este perfumito, se consolaban con un frote de agua de Florida.

Los bailes de la época se amenizaban con selectos conjuntos. Los de cuerdas eran más aristocráticos, y entre ellos sobresalía el don Manuelito Mejía. A cambio de conjuntos de cuerdas, las marimbas hacían las delicias de las fiestas, y había de las buenas, como la de los hermanos Guzmán, y más tarde la del recordado Chelayo.

Se bailaba el zapateado, el vals vienés, las cuadrillas y el fandango. El zapateado era una especie de vals movido, haciendo sonar los tacones al compás de la música; el panameño y la habanera empezaban a bailarse, con sus ritmos afrocubanos; el jarabe, la imitación del jarabe mexicano, era usual, pero predominaban las danzas y las cuadrillas. En estas últimas intervenía un maestro de ceremonias que vestía de "punta en blanco", y con un pequeño

bastón dirigía a los danzarines, arrancando con las clásicas palabras: "talón, punta y paso". El fandango era un baile muy popular; se acompañaba con instrumentos como las castañuelas, los platillos y las panderetas.

Nunca se bailó separado; el baile se hacía al mutuo calor de quienes tomaban parte en él; aún el son, ritmo con el que se terminaban las fiestas, se bailaba en parejas, sin separarse. Al terminar la música, los danzarines no se sentaban; continuaban dando vueltas, cogidos del brazo o de la mano. Con aplausos se pedía a los músicos para que siguieran tocando, y una vez terminada la pieza, se pedía en coro: "cola, cola, cola..."

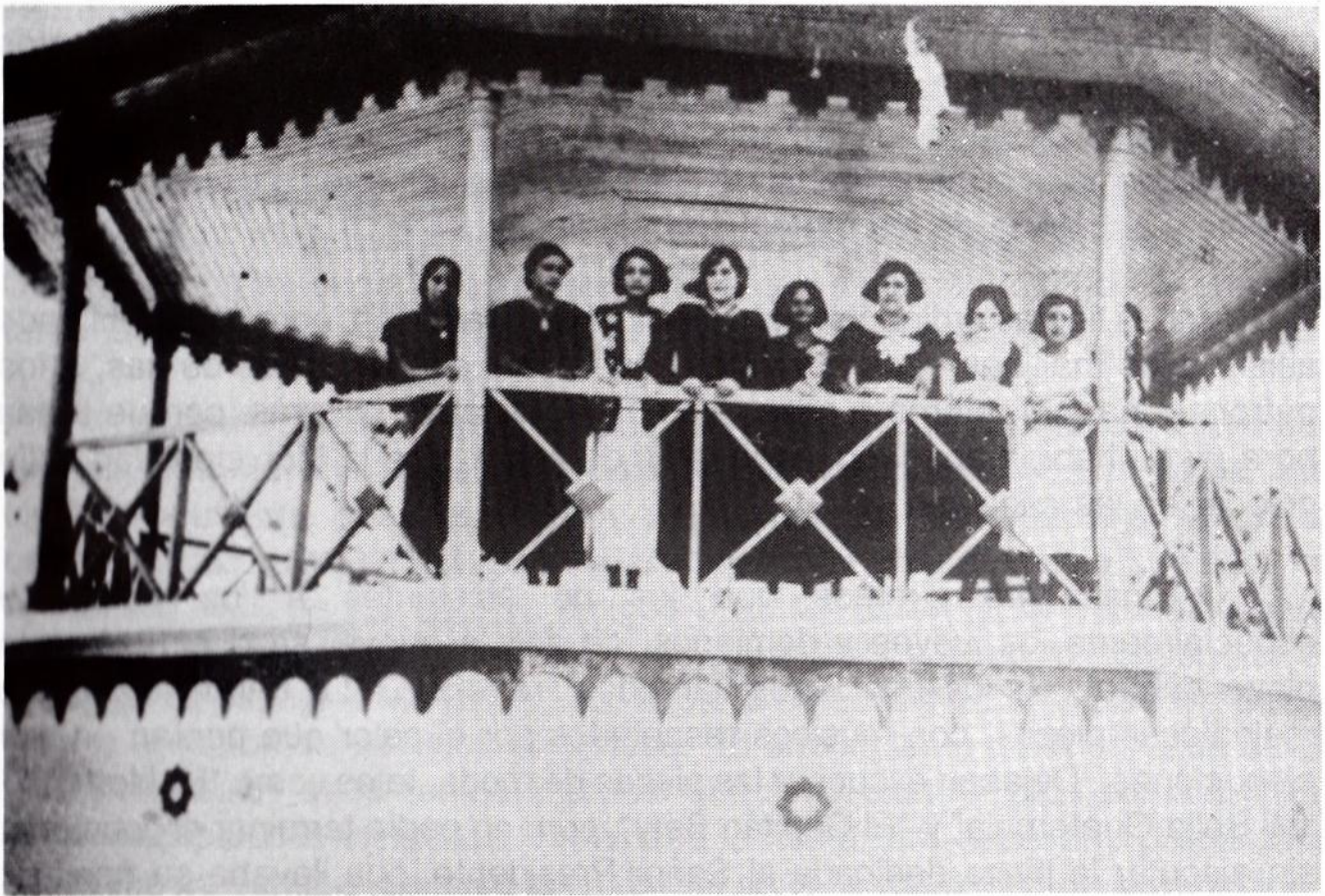
El baile sin separarse, daba la oportunidad a las parejas de conversar silenciosamente, decirse suaves palabras de amor; ofrecer a la dama una cartita perfumada, que ella recibiría al siguiente día. Si la dama aceptaba la carta ofrecida, el caballero se sentía el más afortunado, y acto seguido, se aprestaba a conseguir con los amigos o en las librerías, el manualito para enamorar, llamado "El Secretario o los Amantes", y si no lo conseguía, el recurso era buscar a Marianito Paz, experto en cartas de amor, de las otras, y de la creación de sentidos acrósticos. El ofrecimiento de la carta de amor y su aceptación, daba cabida a pensar que sería bien recibido por la familia, salvo excepciones aisladas. Terminada la fiesta, era necesario preparar la serenata: se echaba mano de los músicos de la fiesta, o bien de la capacidad de un amigo guitarrista, para encaminarse a la casa de la dama; si ésta había comunicado sus experiencias a sus padres y éstos daban su consentimiento, se abría la ventana, salía la prenda, y en la puerta atendía la suegra. Los amigos entraban atropelladamente, lo que irritaba al papá de la dama; pero luego se servían sendas tazas de café, o hirviente chocolate, con panitos dulces y tostaditos totopostes. Si la dama no contaba con el consentimiento de los padres, no era raro que en lugar de ella, saliera a la ventana la suegra, arrojando un guacal de agua al tímido enamorado, quien luego daba gracias al Altísimo, por no ser otra cosa lo arrojado sobre su vestimenta...

Algo característico de las fiestas era que no se servía aguardiente ni cerveza; no se pasaba del fino Champagne de la Viuda de Clicot, cuando la fiesta era de "cashé", pues en la mayoría de los bailes, lo que se servía eran refrescos de horchata, de canela, de temperante, y en algunos casos se echaba mano del fresco de súchiles. Las sabrosas empanaditas de queso, de piña o de papaya, así como dulcitos "africanos" preparados por las hábiles manos de las Prerita o bien de las Rizzo, no podían faltar. El trago en los bailes matrimoniales fue proscrito desde que al desposorio de una conocida pareja, asistió el antiguo novio, y el marido -celoso y con unos cuantos

copetines- la emprendió contra el rival, pero éste, más instruido en las artes marciales, terminó dejando al marido celoso, con una guitarra de corbata... En otra oportunidad, los músicos pagaron el pato. Sin embargo, los efectos alcohólicos de los invitados se hacían sentir, y es que cerca, los oportunistas en esta clase de negocios improvisaban una cantina, y los invitados, con el pretexto de ir a eliminar parte de los refrescos, ingerían sus copetines a ciencia y paciencia de los oferentes de la fiesta...

Las fiestas ordinariamente terminaban a las doce, porque era obligado asistir a los maitines. Los sirvientes esperaban, con lámparas de gas, a los patrones, para el retorno a casa. Las calles estaban oscuras, porque a esa hora ya se habían apagado las fogatas de ocote que la Municipalidad solía colocar en las esquinas.

Finalmente diremos que los no asistentes a los bailes, y especialmente los jueves y domingos, de seis a nueve, se divertían en la plaza central, en los conciertos llamados "retretas". La banda ejecutaba melodiosas piezas, con músicos respetados por el calor que ponían en sus ejecuciones. Dejaban escuchar las piezas de moda, tales como "La Norteña", "Mi Bella Guatemala" y "El Capitán Bety", pero no podía terminar el concierto, sin ejecutar la pieza dedicada al Señor Presidente, que llevaba su nombre: "Estrada Cabrera". Los asistentes a las retretas formaban dos círculos alrededor del kiosco: uno -pequeño- lo formaban las sirvientas que acompañaban a las damas de sociedad, y el otro -más grande- lo formaban éstas. Los muchachos se colocaban en fila, sin moverse, esperando que las damas dieran la vuelta, formadas en parejas. Ellas escuchaban las lisonjas y las "flores", producto del ingenio de los salamatecos, las que retribuían candorosamente, con sonrisas y coqueteos. A veces, las damas, sigilosamente dejaban caer a los pies de los muchachos una flor, un pañuelo o bien un guante, y éstos solícitamente corrían a recoger lo caído, recibiendo como premio una perfumada sonrisa, que encubría una maliciosa insinuación...



Damas salamatecas, en el kiosco.